Religiosas fervorosas y demás personas ávidas de imitar los ejemplos de los Santos, seguir sus enseñanzas, asegurar la salvación de sus almas y conseguir la gloria del cielo.

En retorno, Madre amantísima, echad sobre la más indigna de vuestras hijas una mirada de bondad; bendecidme amorosa, y concededme que, siguiendo muy de cerca vuestros pasos, sea mi conducta la de una verdadera Hija de Nuestra Señora.

LA BEATA MADRE

JUANA DE LESTONNAC

FUNDADORA

DE LA ORDEN DE RELIGIOSAS HIJAS DE NUESTRA SEÑORA

Dios es admirable en sus Santos. Sin duda es admirable por los tesoros de gracia con que los enriquece, como también por colocarlos, en tiempos críticos, en medio de su Iglesia. Así vemos en la historia eclesiástica, que cuando un sectario se subleva en seguimiento de la bandera de Satanás, desde luego se levanta uno de esos grandes héroes del Cristianismo, el cual, frente á frente con su adversario, combate y se esfuerza para desbaratar sus malvados planes. Bien puede decirse que los dos campos de Cristo y de Belial están siempre en lucha continua, y las proezas y

victorias obtenidas á favor de la Santa Iglesia (ó del reinado de Jesucristo) forman la vida y los hechos heroicos de los grandes Santos.

Esta ley de la Providencia divina, tan repetidamente justificada desde el principio de los siglos, se hace muy patente en la venerable sierva de Dios Juana de Lestonnac, cuyas grandes virtudes vamos brevemente á relatar.

En pleno siglo décimosexto, época en que la pretendida Reforma clavaba en todas partes sus emponzoñados dardos, Ignacio de Loyola, herido en los baluartes de Pamplona, y convertido á Dios el mismo año en que Lutero enarbola el estandarte de rebelión contra la Iglesia, es uno de los primeros que protesta de la audacia de los sacrílegos reformadores.

Mas el rebelde metió el desorden hasta en los asilos de la oración y de la quietud, y como también las venenosas doctrinas de Calvino, en Francia, amenazaban graves peligros á la juventud de ambos sexos, Dios multiplica sus socorros contrarrestando las miras de los malos, y al poderoso aliento de su gracia se ven reflorecer las soledades del claustro, y las vírgenes que el amor divino ha reunido allí sienten ar-

der en sus corazones el fuego del celo santo y la intrepidez de un apóstol.

Juana de Lestonnac ha comprendido bien cuánto convenía hacer para poner en salvo la educación cristiana del sexo femenino, y entra la primera en este campo de batalla con su escuadrón escogido, colocado bajo el estandarte de María, dispuesta y resuelta á todos los sacrificios: así protesta contra las innovaciones impías de Lutero y de Calvino.

Justificaríamos muy por extenso, si necesario fuese, la idea que acabamos de exponer; pero solamente nos proponemos resumir brevemente la vida santa y humilde de esta gran Sierva del Señor, y estas cortas páginas tendrán tan sólo el carácter propio de actualidad, porque á igual del siglo décimosexto, en que Dios inspiró á Juana de Lestonnac para la ejecución de su obra apostólica, ¿no se han visto en nuestros días las casas religiosas sitiadas, invadidas y despobladas por la Revolución? ¿y el ateísmo legal multiplicar sus escuelas, procurando pervertir las almas de la niñez y perderlas?

Dios se levantará para juzgar su causa y defenderla; esta es la consoladora esperanza que alienta nuestro corazón. Pero

mientras esperamos la hora señalada en los designios del Señor, séanos permitido robustecer nuestra fe y reanimar nuestro espíritu con el estimable recuerdo de la vida de una alma grande, cuya obra capital fué una protesta anticipada contra los atentados de la impiedad contemporánea.

I

Juana de Lestonnac nació en Burdeos el año 1556, de padres nobilísimos: fué la mayor de cuatro hijos, dos varones y dos hembras. Su padre, Ricardo de Lestonnac, consejero en el Parlamento de la ciudad y eminente magistrado, se distinguía por una fidelidad inviolable á todas las convicciones católicas. Su madre, Juana Deyquem de Montaigne, menos arraigada en la fe, sucumbió á los nuevos errores hasta el extremo de abrazar el Calvinismo: ¡desgracia ciertamente muy grande para ella y para la hija que el cielo acababa de darle! Los dos primeros escritores de su vida dicen, con cierto recelo, si la vida sobrenatural de esa criatura fué ajada en su primera lozanía; porque, ¿quién pudo defenderla de su propia madre? Mas no fué así; Dios la

preservó, oponiendo á las instrucciones é influjo materno un seguro contrapeso en la fe viva y ardiente piedad del padre. El Sr. de Lestonnac nunca consintió que su hija fuese educada en una religión que su conciencia condenaba, y no atendiendo á las importunas indicaciones de su mujer, quiso que Juana recibiese la vida espiritual por medio de la regeneración sobrenatural del Bautismo, de manos de ministros católicos. En sus primeros años aplicaba todo su celo en impedir que la niña admitiese en su entendimiento los errores que intentaban imponerle; él mismo la instruía en el conocimiento de las verdades de la Religión católica, la reñía cuando oía que pronunciaba algunos dogmas de los calvinistas, y, sobre todo, se mostraba muy ofendido de las criadas y disgustado de su mujer, porque intentaban pervertir la inocencia de su querida Juana.

La Sra. de Lestonnac no desistió en su empeño de ver hugonota á su hija, antes bien le parecía que como madre le tocaba de lleno, no sólo la educación, sino también la instrucción religiosa de su hija, según los estilos de aquellas provincias en tan desgraciados tiempos. Y no pudiendo libremente echar mano de ninguna tentati-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez